

Ann Farnsworth-Alvear, *Dulcinea in the Factory. Myths, Morals, Men and Women in Colombia's Industrial Experiment, 1905-1960*. Durham: Duke University Press, 2000, 303 páginas.

El libro de la historiadora colombo-americana Ann Farnsworth-Alvear que, como sugiere el título, se centra en los trabajadores y las trabajadoras de la industria textil de Medellín entre 1905 y 1960, es un texto que se ubica en la frontera entre la historia laboral, la empresarial y los estudios de género. La publicación es resultado de su investigación para optar al Doctorado en la universidad de Duke, donde fue discípula primero de Charles Bergquist y luego de Daniel James. En ese sentido refleja el espíritu de renovación historiográfica que se respira en los medios académicos norteamericanos cuyo balance aún está por hacerse.

El libro *Dulcinea in the Factory* se inicia con un excursus teórico que se centra en la discusión entre las categorías clase social y género, y el cruce de ellas que propone la autora. De alguna forma busca responder a la pregunta sobre el papel de las relaciones de género en la conformación del mundo industrial antioqueño. Aunque a ratos esta sección teórica es algo farragosa y confusa, el debate es central en los estudios laborales y constituye una aclaración necesaria para la comprensión de la narración que emprende la autora en los siete capítulos que cubre el libro.

Ann Farnsworth-Alvear describe en primera instancia el espacio de su estudio histórico: Medellín en la primera mitad del siglo XX. La autora de paso refuta la tesis del origen de la industrialización del Valle de Aburrá por una particularidad racial o cultural paisa. Para ella la temprana industria de esa zona responde más a condiciones de mercado regional y nacional.

Luego aborda la caracterización de la mujer trabajadora recalcando que la categoría 'obrero' fue una invención de las élites regionales que fue incorporada por las familias populares de Medellín y alrededores. Estudia tres procesos que contribuyeron a esa creación en un momento en que todo ese mundo industrial era nuevo: el patronato de trabajadoras iniciado en los años diez, la legislación laboral en la que Antioquia fue pionera y la institución de la vigilancia con fines morales en las fábricas. Concluye el segundo capítulo con algunas reflexiones sobre la huelga de Bello en febrero de 1920, huelga que fue considerada por la prensa como una protesta de 'señoritas' a pesar de que hubo una participación también masculina nada despreciable. La huelga permite mirar el contraste entre el mito de la 'obrero' como ser pasivo y sumiso, y la rebeldía que aflora por momentos en el mundo fabril antioqueño. Este punto es desarrollado en los capítulos 3 y 4 que desmontan la imagen de armonía de clases en las fábricas textiles, en especial con las huelgas de Coltejer en 1935 y de Rosellón en 1936. Pero los trabajadores, y en especial las trabajadoras, manifiestan una ambivalencia ante esos conflictos: eran justos en sus demandas pero irrespetaban a los queridos patrones. Las relaciones que se establecen en los sitios de trabajo se hallaban marcadas por el paternalismo lo que obraba como un factor de integración muy poderoso. Claro que la cotidianidad estaba estructurada más en torno a las relaciones horizontales que las verticales de empleadores a empleados.

La aparición de conflictos laborales en medio del reformismo liberal de esos años, obligó a los empresarios antioqueños a reforzar esos lazos paternalistas en un modelo que la autora designa como ‘fordista católico’ centrado en torno a las lecciones morales. Ese modelo se analiza en los capítulos 5 y 6. Además de buscar el control de la fuerza de trabajo, el discurso moral pretendía contrarrestar la posible influencia comunista y además reorganizar las relaciones entre hombres y mujeres apelando a los estereotipos de feminidad vigentes en la región con ingredientes adicionales como la exigencia de virginidad a las trabajadoras y el reforzamiento de la familia como célula básica de la sociedad. La ideología moralista empresarial fue difundida por el clero, en especial por los jesuitas y la UTC, y logró gran impacto por la crisis del reformismo liberal y el ascenso conservador en los años cuarenta. Aunque la Moral, como se designó al discurso empresarial, fue apropiada por las familias obreras, no tuvo total hegemonía pues fueron muchas las formas de transgredirla o de ignorarla que pulularon en las fábricas antioqueñas.

En el último capítulo la autora aborda, en forma apresurada, el lento derrumbe de ese modelo fordista católico. A partir de 1953, señala Ann Farnsworth, el modelo comienza a modificarse por necesidades propias del crecimiento industrial, del aumento de la mano de obra, ahora más masculina, y en últimas del mismo éxito de las empresas textiles en los años de fuerte protección estatal. Se implantan así los métodos de control por resultados y de mayor racionalización de la gestión empresarial que van dejando atrás las épocas del paternalismo. De nuevo, insiste la autora, este proceso no se da sin resistencias de los trabajadores y las trabajadoras que sienten que se les arrebatan no sólo privilegios sino parte del control que tenían sobre el proceso productivo. Allí termina la historia que Ann nos narra, aunque sabemos que continúa con la dramática crisis industrial iniciada en los ochenta que ha puesto casi a punto de quiebra a las que otrora eran símbolos del espíritu empresarial paisa. Es la crisis de no-futuro que comenzó a experimentar Medellín en esa época, crisis que curiosamente se gestó por el derrumbe de la aparente solidez de las industrias textiles antioqueñas. En ese sentido el libro que reseñamos es un aporte a la comprensión de estos procesos que en su larga duración no presagiaban tan dramático desenlace.

Al lado de los indudables aportes del texto de Ann Farnsworth-Alvear ya señalados, hay algunos puntos críticos que conviene plantear para hacer un balance justo de la obra. Aunque la autora propone una perspectiva teórica en la que las categorías de clase y género interactúan en una tensión permanente, el libro da la impresión de que el género tiene primacía sobre la clase, lo cual es consistente con la opción teórica y política de la autora, pero tal vez no con la realidad en donde el juego de las categorías es más complejo, y por lo tanto más difícil de analizar. No propongo volver a posturas ya superadas que pretendían la supremacía esencialista de las clases sociales. Pero quienes hemos trabajado estos temas y hemos hecho entrevistas, como las hizo también la autora, sabemos que no siempre el género es lo que más marca a las trabajadoras y menos en épocas más remotas.

La cronología sobre la que se monta la narración es un tanto caprichosa pues al lector no le queda claro cuando se pasa de un paternalismo directo (años 10 y 20) a uno ‘burocrático’ (años 30 y 40). Además, es bastante contradictorio hablar de

paternalismo burocrático pues uno y otro conceptos remiten a prácticas bien diferentes para no tocar la distinción weberiana entre dominio patrimonial —al que se acerca el paternalismo— y burocrático. Por la misma vena es sorprendente pensar que a raíz de dos huelgas se haya montado todo un modelo nuevo de control moral, cuando sus raíces venían desde casi los orígenes de las industrias textiles. Es posible que se haya hecho más consciente el uso de esos dispositivos, pero cambios de esta envergadura no se emprenden de un momento para otro.

Aunque no dudo de catalogar el libro *Dulcinea in the Factory* como parte de la producción histórica, encuentro que el texto tiene un gran sabor sincrónico o que la diacronía no se trabaja en su fluidez. La organización de los capítulos muestra un continuo ir y venir por periodos, a veces caprichosamente contruidos como ya señalábamos. No se trata de que toda reconstrucción histórica sea lineal, año por año, pero tampoco encontramos muy explicativo ese ir y venir que a veces termina siendo un análisis atemporal. Sin duda el estudio del segundo momento, designado a ratos como fordismo católico o paternalismo burocrático, es la gran fortaleza del libro. En cambio la reconstrucción del tercer momento, el iniciado en los años cincuenta, es la que más deficiencias presenta por lo apresurada que se hace. Se le dedica sólo un capítulo para describir procesos de una complejidad desbordante.

El libro de Ann Farnsworth-Alvear constituye un aporte al conocimiento del pasado de Medellín, de sus empresarios y de las relaciones de género en ese mundo del trabajo. Aunque ya muchas de las hipótesis estaban insinuadas por Luz Gabriela Arango,¹ en otras hay acentos propios de Ann. La diferencia entre estos textos paralelos estaría en el nuevo material empírico acumulado (fruto de la minuciosa revisión de las hojas de vida de trabajadores y trabajadoras, de la prensa, de las fuentes estadísticas y de la realización de entrevistas), en los análisis comparativos que son propios de una academia con perspectiva global como es la norteamericana, y en la misma estructuración de la narración desde la perspectiva de género. La autora va más allá del contraste entre lo femenino y lo masculino para indagar sobre lo que socialmente se considera propio e impropio de cada género, en especial del femenino. Hay también en *Dulcinea in the Factory* una renovada postura teórica que considera tanto el discurso como la práctica, aunque recalca la distancia entre los dos elementos, cosa que no todos los autores que abordan el tema suelen hacer.² Solo nos resta esperar a que alguna editorial colombiana asuma el reto de traducirlo y difundirlo entre un público sediento de estas nuevas historias.

Mauricio Archila Neira

Departamento de Historia

Universidad Nacional de Colombia

¹ Luz Gabriela Arango, *Mujer, religión e industria. Fabricato, 1923-1982*. Medellín: Universidad de Antioquia y Universidad Externado de Colombia, 1991.

² Algo de esto último se percibe en el trabajo de Alberto Mayor Mora sobre el impacto de la Escuela de Minas en el mundo del trabajo antioqueño como lo sugiere el título mismo: *Ética, trabajo y productividad en Antioquia* (Bogotá: Tercer Mundo editores, 1984).